



8569

## Luis Orrego Molina

Andrés Sabella

1912

La nota escueta de muerte nos sorprende con la del poeta y periodista Luis Orrego Molina, con quien vivimos, en la juventud, diversas historias y soñamos horas ideales, cuando la bohemia chilena se deshinchaba en andrajos de estrellas, y nosotros creíamos que la luna nos pertenecía por derecho de noches, y no nos resistíamos a ninguna tentación de aventuras.

En el café "Iris", de memoria penetrante en los historiales del periodismo y de la literatura chilena de la década del 40, nos reuníamos los poetas que, jóvenes, entonces, trazábamos empresas de gloria: Víctor Castro, Hugo Goldsuck, Ramón Reyna, Manolo Rueda y Mario Ferrero, los más asiduos, bebíamos nuestras cervezas, a la sombra de los ojos de Irma Astorga y de los júbilos de fuego de Maria Lefevre. Maria nunca dejó de regalarnos la sorpresa de un acontecimiento de novela. Era la reina de lo insólito.

A este corro venía, también, como si regresara de viajes a finales de la Tierra, el sereno y parsimonioso Luis Orrego Molina, sin apuros por mostrar sus poemas ni relatar las andanzas en que se perdía, por meses. Tal si soltara un secreto que le dolía, anunció una tarde:

—Concluí mi libro de poesía. Se llamará "Mármoles rojos".

Logramos conocer algunos de sus poemas. Eran fuertes, de imágenes que se atropellaban por múltiples y originales. No le inquietaba publicarlos pronto. Nunca los editó. Lo ganó la historia y, como periodista, recorrió el país, mirándolo en profundidad. Muchas de sus crónicas se publicaron en "Las Últimas No-

ticias", breves y ejemplares visiones de las provincias que visitaba. ¿Imaginaría que sus pasos finales los daría en los jardines del Hogar San Francisco de Asís, en cuyos silencios le hablaban los recuerdos?

La muerte de "Luchito Orrego" nos revive un lance que compartimos con él e Irma Astorga. Una noche de junio, en 1949, vino al "Iris" un amigo, buscando quienes lo acompañaran en el velorio de su hermano. Solamente nos encontró a nosotros. No negamos nuestra compañía y partimos a una lejana población. Escasas personas acompañaban al muerto. No conocíamos a nadie. Pronto, el ataúd quedó solitario en la penumbra. El amigo, presumiendo que nosotros también nos retiraríamos, nos pidió:

—Ustedes están acostumbrados a pasar, de claro en claro. Acompañen a mi hermano, hasta mañana...

Aceptamos la misión. Ninguno conocía al difunto. Ni lo intentamos. El amigo se excusó de acompañarnos, porque debía dormir, fatigadísimo. Nos acomodamos para la jornada. Dormitábamos, hablamos palabras perdidas. Al amanecer, Irma dijo:

—Conviene conocer al amigo... —y nos condujo a contemplarlo. Dormía, plácidamente. Lo saludamos, reiterándole que le seríamos fieles. Al retirarnos de la casa, por la mañana, tomamos un tranvía y, allí, una señora gorda y atrevida, mirando nuestros rostros, comentó:

—Mujer desvergonzada, farreando con dos hombres...

Irma, sonriendo, la corrigió:

—Con tres. El otro se quedó dormido...

Las Últimas Noticias Santiago

feb 4, 1988, p. 8.

Luis Orrego Molina [artículo] Andrés Sabella.

**AUTORÍA**

Sabella, Andrés, 1912-1989

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1988

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Luis Orrego Molina [artículo] Andrés Sabella.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile